

Recuerdos de un perro

Rubén Fernández Páez

# Recuerdos de un perro

## Rubén Fernández



# Capítulo 1

Nací hace mucho, mucho tiempo, junto a cinco hermanos. Nunca conocí a mi padre, y lo cierto es que tampoco estuve mucho tiempo con mis hermanos y mis hermanas. Al poco tiempo de nacer, vinieron varios hombres y mujeres acompañados de niños, y se llevaron a cada uno de mis hermanos, para llevarlos con sus nuevas familias.

Sinceramente, nunca pensé que me acabaría yendo con otra familia, porque a diferencia de mis hermanos, había nacido con una deformidad, con una minusvalía, había nacido sin cola.

Pero un día, mi madre, al igual que había hecho con sus otros hijos, se despidió de mí, y entonces, un hombre me cogió y me llevó con la que será mi nueva familia.

Me llevo con una mujer y un hombre con dos hijos, uno con cinco años, al que llamaba Juanma, y otro pequeño, un poco mas mayor que yo, un bebe, al que llamaba Rubén.

Es una familia con la que guardo muchos recuerdos.

Recuerdo que, nada mas entrar en la casa, Juanma decidió bautizarme con el nombre de "Pongo". Tarde un tiempo en adaptarme a aquel nombre, pero lo cierto es que me gustaba como sonaba, y me hacia gracia de donde había sacado la idea del nombre. Por lo visto, lo había sacado de una película en donde salían perros, como yo. Y uno de los perros, creo recordar que era un dálmata, tenia ese mismo nombre. Era algo que me hacia gracia, pero por aquel entonces, no sabia muy bien lo que era una película.

Recuerdo también que, cuando era joven, me escapaba para que mis nuevos padres me persiguieran por la calle. Siempre que salían detrás de mí, salía corriendo como si no hubiera un mañana. Claro que, cuando me cogían, me reñían, pero a pesar de eso, era algo bastante divertido.

Pero de hacerlo tan sucesivamente, mis padres decidieron poner una valla entre el pasillo y la puerta para que no me escapara, pero eso no fue ningún obstáculo para mí. Siempre que la puerta estaba abierta, como una liebre, me subía al sofá, saltaba la valla, y corría hacia la calle, para empezar el juego.

Lo cierto es que, el hecho de que pusieran la valla hizo que el juego fuera mas divertido, sobre todo, por el comentario que decía siempre mi amo Rubén, o mas bien, mi hermano. Siempre que regresaba, evidentemente con mi madre o con mi padre, decía <<Parece una tortuga ninja>>. Nunca supe lo que era una "Tortuga Ninja", pero sabia que, viniendo de

Rubén, debía de ser algo bueno.

Recuerdo también que, con el tiempo, descubrí que Juanma les tenía miedo a los perros, aunque nunca supe porque, decidí no molestarle más de lo necesario. Solo le molestaba para que me diera el fragmento de chocolate que me daba cuando terminaba de almorzar y de cenar, para nada más.

Con su padre, o, mejor dicho, mi padre humano, hice más o menos lo mismo. A él no le gustaba que le molestaran mucho, pero siempre me echaba pequeños trozos de pan cuando comían.

Es cierto que con ellos dos no tenía mucha relación, pero sabía que ambos me querían muchísimo, igual que yo los quería a ellos.

Los que más buenos eran conmigo, eran mi nueva madre, y Rubén, aunque este lo dejare para el final.

Es cierto que, mi nueva madre era dura conmigo a veces, pero era algo normal, era mi madre, pero eso no quita que no tenga buenos recuerdos con ella. Como, por ejemplo, cuando ponía música y ambos comenzábamos a bailar.

Aunque hay otro, mucho más bonito y agradable, mi favorito, sin ninguna duda.

Había una fecha que siempre me daba miedo, la noche del 31 de diciembre y del 1 de enero. En esas noches, la gente tira cosas que explotan, haciendo un ruido insoportable, ruido que me asustaba, y que hacía que me refugiara bajo el bidel del cuarto de baño, hasta que, un día, mi madre me dijo que podía entrar en su habitación, cosa que no me había dejado hacer nunca, y me dijo que podía dormir allí, junto a ella, para sentirme protegido y a salvo.

Desde entonces, todas las noches del 31 de diciembre, las pasaba en su habitación, y lo cierto es que me sentía mucho más seguro desde la habitación, las explosiones no sonaban tan fuertes, y lo cierto es que, la presencia de mi madre y de mi padre, ayudaba bastante.

Pero ninguno de los recuerdos que tengo con ellos, superan a los que viví con Rubén. Con él, tengo tantos buenos recuerdos, como malos.

Recuerdo que, cuando éramos pequeños, él se encontraba sentado en el sofá, llorando a mares, ¿Por qué razón? Lo desconozco, pero quería calmarlo, así que me senté en el sofá, junto a él, y antes de que me diera cuenta, los dos nos habíamos quedado dormidos, abrazados el uno con el

otro, tranquilos, sin ninguna lagrima, ni ningún llanto.

Recuerdo que, un día, cuando Rubén tenía cuatro años, los dos estábamos jugando y sin querer, le mordí en un dedo, y comenzó a llorar como si no hubiera un mañana. Estábamos jugando, pero supe que le había hecho daño, mucho daño.

Mi madre, al ver lo que le había hecho a mi hermano, me encerró en el cuarto de baño para que no lo volviera a hacer.

Si os soy sincero, llegue a pensar que no me querían, y que me echarían a la calle por lo que había hecho, pero me equivoque. Al final, todo quedo en un simple susto. Mi madre me perdono por lo que había hecho, y Rubén, al principio, se mostró un poco reacio conmigo, pero no tardo en volver a jugar conmigo, como si no hubiera pasado nada.

Recuerdo que, cuando Rubén tenía cinco años, decidió sacarme a pasear, cosa que a mi me extraño un poco, porque estaba acostumbrado a que lo hiciera mama, pero no lo vi mal en ningún momento.

Antes de salir, su madre, nuestra madre, le advirtió que corría mucho (Cosa que era cierta) y que pegaba muchos tirones. Después, le dijo que tuviera mucho cuidado, y cuando lo hizo, los dos salimos a la calle.

No íbamos muy lejos, solo dábamos una vuelta por las calles más próximas a la casa. Normalmente, Rubén, me sostenía sin ningún problema, pero un día, sin querer, tire demasiado de él, y se cayó al suelo.

Cuando vi que lloraba, supe que había vuelto a hacerle daño, así que me arrime junto a él, y le pedí disculpas a la manera de los perros, mientras hacia todo lo posible para que parara de llorar, mientras de vez en cuando, ladraba, con la idea de llamar a mama.

Aunque suene mal, lo cierto es que, mama nunca me regaño, porque había advertido a Rubén de las consecuencias. Desde entonces, Rubén paso un tiempo sin sacarme a pasear, pero al igual que el mordisco, a los días, pareció que lo había olvidado, y volvió a sacarme a pasear. Eso sí, los días que siempre me sacaba, procuraba no ser tan bestia para que no volviera a pasar.

Recuerdo también que, cuando me encontraba sentado en mi rinconcito del sofá, venia y comenzaba a acariciarme la cabeza, haciendo que gruñera. Claro que, no eran gruñidos de odio, para que me dejara en paz, sino de placer, claro que el, no lo sabía, porque siempre que gruñía, dejaba de acariciarme.

Recuerdo que, muchas veces, cuando mi madre me reñía por algo, yo iba hacia Rubén, y me escondía junto a él, porque me defendía, algo que les hacia mucha gracia tanto a el como a mi madre.

Recuerdo que, muchas veces, cuando Rubén veía la tele, o se ponía a acariciar a un mando con muchos botones, iba a buscarlo para que me acariciara y me echara cuenta.

Recuerdo que, muchas veces, por la mañana, me metía en su habitación y comenzaba a ladrarle para que se levantara, y llegara a tiempo a algo que mama llamaba "Colegio" o "Instituto" dependiendo de la edad que tuviera Rubén.

Recuerdo que, en verano, Rubén ponía unas colchonetas en su habitación, y cuando lo hacía, me llamaba a mí, para que fuera, y me restregara por el colchón, mientras me acariciaba.

Recuerdo que, muchas veces, mientras jugábamos, escuchaba los pasos de mi madre. Sabia que, a ella no le gustaba que me subiera y me restregara por el colchón, así que, siempre que la escuchaba, me quedaba paralizado, para que no me viera, y cuando se iba, seguía jugando. Aunque a veces, a pesar de convertirme en un perro invisible, ella me veía, y cuando lo hacía, me iba corriendo de la habitación.

Sin duda, tuve muchos recuerdos con ellos, la gran mayoría buenos, pero eso no duro para siempre.

Cuando cumplí noventa y ocho años (catorce en ojos humanos) me quede ciego de un ojo, cosa que de momento no importaba mucho, porque aun podía ver, y podía salir a la calle sin ningún problema, pero al poco tiempo, perdí también la visión del otro ojo, y me quede ciego por completo.

Al principio, a pesar de estar ciego, podía aguantar mis necesidades, y solo las hacia cuando tenia que hacerlas, por la mañana, y por la noche, pero al poco tiempo de quedarme ciego, deje de aguantarme. Mi cuerpo era mucho más débil que antes, y no tenia la misma resistencia que tenia cuando joven. Me da vergüenza admitirlo, pero me vi obligado a hacer las necesidades en casa cada cinco minutos.

Y por cada día que pasaba. Me sentía cada vez mas cansado, ya no podía correr, ni podía subirme al sofá como hacia cuando joven. Por cada día que pasaba, la cabeza me dolía más y más, debido a los golpes que me daba contra los muebles, y por cada día que pasaba, me costaba cada vez más andar.

Entonces, supe, que mi final, estaba próximo.

Un día, alguien tocó a la puerta de nuestra casa, y al poco rato de que mi madre abriera la puerta, todos comenzaron a llorar. Entonces, me di cuenta de que, la persona que había entrado en nuestro hogar era la mismísima muerte, en busca de mi alma.

Cuando vino, mis familiares, uno a uno, fueron abrazándome y despidiéndose de mí. El primero en hacerlo, fue mi padre, que a pesar de haber aparentado ser una persona seria y dura, lloraba, porque a pesar del poco trato que había tenido conmigo, me había cogido cariño. La segunda en despedirse fue mi madre, después, vino Juanma, y, por último, Rubén.

Me costó mucho despedirme de los cuatro, pero sin ninguna duda, me costó muchísimo trabajo despedirme de Rubén.

Cada uno me dijo una cosa, mi padre, por ejemplo, me dijo adiós. Mi madre, me dio un beso, y se despidió de mí con un diminutivo que me había puesto cuando era joven, "Ponguito". Juanma, me dijo que me guardaría una porción de chocolate hasta la próxima vez que nos viéramos. Sabía de sobra que el chocolate no duraría tanto tiempo, pero decidí no matarle la ilusión. Y, Rubén... Lo que me dijo Rubén, hizo que mis últimos momentos de mi vida, dejaran de ser tristes y aterradores. Note como me acariciaba, y mientras lo hacía, me dijo, con la voz ahogada <<Tranquilo, estaré a tu lado, pase lo que pase>> Y entonces, mientras me abrazaba, y me daba un beso cerca de la oreja, tal y como lo había hecho mamá, añadió, entre lágrimas <<Nunca te olvidare>>

Cuando me dijo eso, sentí el deseo de decirle que le quería, sentía el deseo de decirle adiós, de decirle que nunca le olvidaría, pero no pude hacerlo. Quería que Dios, me concediera el don del habla, para que me oyeran pronunciar aquellas palabras en mis últimos momentos, pero nada de eso ocurrió, nunca pude decirle que le quería, y nunca pude decirle "Adiós", como hacían los humanos.

Y entonces, a los pocos minutos de que se despidiera, noté un pinchazo sobre mi cuerpo, y poco a poco, comencé a cerrar los ojos, hasta que dormí, para siempre.

Hoy, desde aquí, mientras escribo estas palabras, veo como mi familia hace sus vidas sin mí, pero, sobre todo, me fijo en Rubén, que se prepara para su futuro, mientras siento como en su corazón, guarda todos los recuerdos buenos que vivimos juntos. Y cuando le veo, siento, como ambos compartimos un deseo.

Ambos deseamos con volver a vernos pronto.

FIN